

RUSIA Y LA U. R. S. S. (*)

«Rusia es la revolución permanente, bien organizada, disciplinada y armada con millones de bayonetas, que llama a las puertas del mundo. Si no estamos prevenidos, si no la atajamos a tiempo, logrará sus fines antes o después... Esta revolución señala la aparición de una nueva sociedad. La religión es para ella, simplemente, una esclava del poder. Su fin es la destrucción de toda aristocracia, la supresión del individuo del Libro de la Vida, la absoluta igualdad en beneficio de la más terrible tiranía.» Si sustituimos bayonetas por bombas H, y religión por ideología marxista, estas palabras que el poeta polaco Krasinsky dirigía a Napoleón III con motivo de la guerra de Crimea, resultan perfectamente actuales. La cita, como otras infinitas que podrían aportarse, de Donoso o de Maistre, Ceurderoys o el Marqués de Custine, Engels o Marx, son prueba bastante de que el problema no es ficticio, de que la delimitación entre lo ruso y lo marxista no es un tópico propagandístico más del Occidente.

Problema previo indispensable es la determinación de lo que haya de entenderse por ruso. Como Irene Neander subraya en el

(*) La presente nota pretende, simplemente, dar cuenta de una serie de libros actuales, cuyo punto tangencial pudiera, tal vez, colocarse, sin forzarlos demasiado, en el título que utilizamos. La perspectiva elegida para lograr la unidad descuida, forzosamente, otros aspectos no menos interesantes de tales publicaciones, todas ellas de altura indiscutible. Las obras consideradas son: *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought*, editado por Ernest J. Simmons (Harvard University Press 1955; Cambridge, Mass.); *Slawische Geisteswelt*, editado por Martin Winkler (Holle Verlag 1955; Darmstadt); *Grundzüge der russischen Geschichte*, por Irene Neander (Herman Gentner Verlag 1956; Darmstadt); *Der Mensch im Kommunistischen System*, editado por Werner Markert (J. C. B. Mohr-Paul Siebeck, Tübingen); *Die Slawen und der Westen*, por Hans Kohn (Herold Verlag 1956; Wien).

prólogo a su obra, pretender, con Jünger, que el concepto de Occidente es puramente espiritual, y, en consecuencia, mejor le cuadra a Río de Janeiro que a Praga, es un modo de razonar que no nos lleva muy lejos. Lo históricamente producido no se borra ni se cambia en unos pocos años, y la Historia del pueblo ruso es, quiérase o no, un trozo de la Historia de Europa, que sólo como tal puede ser rectamente entendido. Su indudable singularidad no puede buscarse en un supuesto componente racial asiático, que en el pasado no ha sido nunca considerable y que no hay razón alguna para estimar acrecido en el presente. Existen otras muchas razones geográficas, culturales e históricas que pueden haber dado origen al tan celebrado enigma ruso, «que pierde mucho de su inexcusabilidad si uno se toma la molestia de intentar comprender los datos de la Naturaleza y la Historia» (1).

Estas especiales características del espíritu eslavo son las que Winkler ha querido poner de relieve al recoger los textos más significativos de los mil años de Historia rusa de que tenemos noticia.

Los pensadores rusos se ocupan muy raramente del puro filosofar. No se encierran jamás en la torre de marfil de una especulación ajena a la vida, sino que, por el contrario, se sienten constantemente obligados a modelarla desde sus supuestos intelectuales. En el centro de su pensamiento se encuentra siempre lo Absoluto, sea éste terreno o ultraterreno, y creen ciegamente en el poder del hombre para poner su vida bajo este signo total. Tienen conciencia de ser sus portavoces, responsables ante Dios o ante la Humanidad, según su misión traiga origen de la «Tercera Roma» o de la «Tercera Internacional», y a esta responsabilidad quedan subordinados todos los demás valores, por grandes y estimables que sean.

Desde una actitud profundamente arraigada en el mundo espiritual del Occidente, un eslavo, P. G. Massaryck, posiblemente la figura más autorizada de entre cuantos se han ocupado del asunto, caracteriza el pensamiento ruso diciendo que «puede ser negativo, pero jamás crítico. Incluso los racionalistas piensan tan míticamente como los teólogos, y ninguno de ellos se ocupa seriamente de Kant. Cuando salen de la Ortodoxia cambian el objeto de su fe, pero conservan la misma estructura de espíritu y mente; los

(1) IRENE NEANDER: ob. cit.

revolucionarios, con sus organizaciones secretas, continúan siendo ocultistas..., olvidan fácilmente que su fin no es la revolución sino la democracia... y caen en el nihilismo y el anarquismo. En todo se pone de relieve su falta de criticismo y mesura. Por lo que a mí toca he de confesar que con el estudio de Rusia y su literatura no sólo he aprendido a estimar en su justo valor la filosofía de Hegel y Feuerbach, sino que he podido darme cuenta de la importancia universal de Hume y Kant» (2).

Esta actitud espiritual, apasionada y sin aperturas para la duda y la infinita complejidad de lo real, corresponde, como H. Kohn pone de relieve, a una sociedad de aristócratas, literatos y bohemios, sin ocupación productiva y totalmente ajenos a la disciplina y las virtudes burguesas.

Una obra literaria reciente, la de Ilya Ehrenburg, basta para demostrar, sin acudir a más citas, hasta que punto la *Arbeitsmoral* y el *self-control* son productos típicos del Occidente frente a los cuales el espíritu ruso permanece cerrado.

De esta singularidad ha tenido conciencia desde siempre el pueblo ruso. Para todos sus pensadores la posición recíproca de Rusia y Europa está constantemente en primer plano. La relación entre ambas se ve, en todos los casos, como relación polémica, pero al pretender determinar el lugar que Rusia ocupa en los designios providenciales o, actualmente, en la Historia de la Humanidad (un tema obsesivo de todos los tiempos), se parte siempre de Europa, sin la cual no hay posibilidad de entender a Rusia.

Durante muchos siglos su posición se identifica con la de custodio de la verdadera fe, recibida de Bizancio y conservada en su primitiva pureza incluso después de la caída del Imperio Griego en manos turcas, que para muchos fué, claramente, un castigo divino por la aproximación a Roma iniciada en el concilio de Florencia.

Tras la derrota de Napoleón, Rusia comienza a verse como salvadora de una Europa decadente y podrida, a la que ha de imponerse la verdad por la fuerza. Aunque la política zarista no esté dominada por tales ideas, al menos hasta el último tercio del siglo, y aun entonces sólo muy parcialmente, este nuevo matiz de la ten-

(2) *Russland und Europa. Studien über die geistigen Strömungen in Russland.* Jena 1913.

sión se hace claro para muchos europeos, como demuestran las citas que antes aducíamos.

El nacionalismo va perdiendo en profundidad metafísica y su fuerza mística, pero va ganando encono y arraigo popular. Soloviev ha caracterizado el proceso diciendo: «Primero la veneración del propio pueblo como depositario escogido de la Verdad universal; más tarde la veneración del pueblo como fuerza elemental, independientemente de su resolución respecto a la Verdad universal. Por último, el culto de las anomalías históricas y del particularismo nacional que separan nuestro pueblo de la Humanidad civilizada, es decir, la veneración del propio pueblo fundada en la negación de la Verdad universal. Estos son los tres grados de nuestro nacionalismo, en la forma representada por los eslavófilos, por Danilevsky, Katkov y los modernos hombres tenebrosos» (3).

El enfrentamiento no excluye, sin embargo, una recepción continua de las ideas de Europa, y es, precisamente, una filosofía europea la que va a iniciar el camino que nos llevará desde el imperio ruso a la U. R. S. S. La profunda dificultad de discriminar los elementos rusos y marxistas existentes en la ideología y el sistema político de la Unión Soviética, no es fruto sólo de la justificación exclusivamente marxista que, oficialmente, se da a todos sus actos. El hecho de que la Rusia zarista, inicialmente poco desarrollada, con un proletariado reducido y escasamente consciente, sea el único país en donde, sin ayuda exterior, ha llegado el marxismo al poder, resulta demasiado extraño para no haber llamado la atención de cuantos, en alguna forma, han estudiado el problema.

Parece evidente que, junto con la excepcionalidad de Lenin, debieron existir factores que hicieron posible el triunfo revolucionario y, en efecto, sin necesidad de acudir a dudosas sutilezas, saltan a la vista una serie de analogías entre el momento ruso y las líneas directrices del pensamiento de Marx que nos explican, en gran parte, el éxito de la revolución.

El marxismo se presenta como una filosofía que arranca de la más concreta realidad y es, sobre todo, una filosofía de y para la acción. Estos rasgos serían por sí solos razón bastante para explicar su buena acogida, pero aún hay más. En primer lugar, hace observar Alexander Gerschenkron (4), que el estado económico del

(3) Cit., por HANS KOHN, ob. cit.

(4) *Continuity and change...* «Part I Review».

país exigía una fuerza galvanizadora. Deslumbrados por el ejemplo inglés, solemos olvidar que la industrialización de la Europa continental no ha tenido como motor exclusivo el pensamiento capitalista; que el sansimonismo en la Francia de Napoleón III y el *pathos* nacionalista en la Alemania bismarckiana han sido las ideologías que hicieron soportables los sacrificios y la ruptura con la tradición que toda industrialización entraña. El marxismo vino a cumplir en la Rusia de los zares, agraria y subdesarrollada, este papel de fuerza impulsora. La definición leninista del bolchevismo como socialismo más electrificación, es muy expresiva en este sentido.

Además de esta necesidad el marxismo venía a satisfacer otra, de distinta índole, pero no menos importante. Werner Markert en su interesante aportación (5) hace hincapié en que para la radical *intelligentsia* rusa del siglo XIX se había convertido en problema central su propia relación con el pueblo, con la gran masa campesina muy escasamente europeizada, y que la solución aceptada fué, precisamente, la fidelidad al pueblo como fundamento último del propio ser. La problemática de todas las teorías sociales giraba en torno a la tensión personalidad y pueblo, héroe y masa, *Intelligentsia* consciente y campesinado inerte. La cuestión social (entendida, por supuesto, en un sentido muy distinto al europeo occidental) se convierte en un sustitutivo de la religión para las generaciones de la segunda mitad del siglo, generaciones de revolucionarios profesionales de fanática dedicación. La sobrevaloración de lo social oscurecía los postulados del liberalismo europeo, que marcaba un camino sin esperanzas para Rusia.

Esta situación explica la acogida que encontró la primera traducción rusa de «El Capital» (1872), el entusiasmo por la profecía ilusionada de una sociedad sin clases, y el temor de que Rusia hubiera de atravesar, hasta llegar a ella, el calvario capitalista de la Europa Occidental. En torno a este segundo punto se inició pronto la polémica. El propio traductor, Danielson, preconiza una vía hacia el socialismo exclusivamente rusa. Frente a él, Lenin, intenta demostrar que el país tiene ya la madurez necesaria para la revolución (La evolución del capitalismo en Rusia) y, en todo caso,

(5) «Marxismus und russische Erbe im Sowjetsystem», en el volumen *Der Mensch im Kommunistischen System*.

el partido bolchevique asume la tarea de realizar la revolución aun a costa de violentar la ortodoxia marxista.

«Lenin se encuentra situado entre la táctica revolucionaria del terror y la subversión, de una parte, y el grupo Plechanov, de la otra, inclinado hacia el revisionismo de la social-democracia alemana y confiado en que la industrialización y proletarización crecientes aportarían a Rusia la necesaria madurez. De hecho, su manera de actuar está más influenciada por la voluntad de lucha de los movimientos revolucionarios no marxistas que por el democratismo, la fidelidad a los principios y el respeto al Derecho de la social-democracia alemana y austríaca» (6).

No en vano el tema marxista de la dictadura del proletariado, eludido por los social-demócratas alemanes, va a ser el punto de apoyo sobre el que Lenin construye su teoría del poder. Un poder que ya no va a ser ejercido por el pueblo, sino por el partido bolchevique de profesionales de la revolución que resolverá así el viejo problema de *Intelligentsia* y masa.

«En su actuación, el partido se apoya directamente en los sindicatos que, formalmente, son apolíticos. De hecho, los centros directivos de la inmensa mayoría de los sindicatos están integrados por comunistas y llevan a cabo las instrucciones del partido. Así... tenemos un aparato proletario relativamente amplio, flexible, potente y formalmente no comunista, a través del cual el partido está en estrecha conexión con la clase y las masas, y por medio del cual, bajo la jefatura del partido, se realiza la dictadura del proletariado» (7).

El poder obtenido conservará, como es fatal, muchos de los rasgos formales del vencido zarismo. Merle Fainsod (8) advierte contra la simplificación que nos lleva a olvidar la existencia de un pensamiento liberal como el del partido Cadete y los líderes Maklakov y Miliukov, pero si se han de señalar rasgos generales se necesita una cierta perspectiva, y la proximidad en el tiempo y las ideas entre el teorizante de la autocracia, Pobedonotsev y Stalin, es demasiado grande para resistirse a pensar en una continuidad

(6) Ibidem.

(7) LENIN: «Comunismo de izquierda, una enfermedad infantil», cit., por Thomas T. Hammond, «Leninist authoritarianism», en *Continuity and change...*, cit.

(8) *Continuity and change...* cit.

que viene, además, subrayada por la similitud de funciones que la religión ortodoxa y la ideología marxista cumplen en los regímenes a que respectivamente dan contenido. La función del marxismo como ideología absorbente y omnicomprendiva, es absolutamente indispensable. Adam Ulam (9) señala que «los dirigentes se dan cuenta, probablemente con plena consciencia, de que el pueblo soportará mucho en nombre de una ideología, pero se desmoralizaría ante un sufrimiento sin finalidad. Una sociedad aristocrática (*elitist society*) y un sistema dictatorial exigen una ideología para mantener a raya la corrupción, el privilegio y el puro desasosiego humano causado por la supresión de toda libertad.»

Está del todo claro, como puntualiza Karpovich (10), que la idea que Khomiakhov se hacía del *sobornost* partía de supuestos muy distintos y era bastante diferente de la que Stalin o Vichinsky pudieran hacerse de la granja colectivizada o la comunidad entre los miembros del Partido Comunista. Las diferencias no son, sin embargo, tan grandes que puedan hacer olvidar que para los pensadores del XIX, Herzen inclusive, el sentido comunitario era la gran aportación de Rusia al mundo, idea no muy lejana de la soviética actual. El hecho de que el pensamiento de Khomiakhov tenga grandes analogías con el romanticismo occidental (11) o que el socialismo de Herzen esté conectado con el utopismo de su época (12) no significa una objeción fundamental, pues su postura está afectada por el típico maximalismo ruso que las hace no sólo cuantitativa, sino cualitativamente distintas.

La continuidad en este terreno aparece muy nítidamente en la literatura. El héroe de la novela postrevolucionaria, tal como aparece, por ejemplo, en las obras de Sholokhov o Kargachin, tiene frente a la sociedad una postura similar a la del hombre nuevo (13)

(9) «Stalin and the Theory of Totalitarianism», en *Continuity and change...*, cit.

(10) *Continuity and change...*, cit., «Par. III Review».

(11) N. V. RIASANOVSKY: «Khomiakhov on Sobornost», en *Continuity and change...*, cit.

(12) H. E. MALIA: «...Herzen and the Peasant Commune», en *Continuity and change...*, cit.

(13) También el *enlightened self-interest*, característico de este hombre nuevo, procede, según Mathewson (*The Hero and Society: The Literary Definitions (1855-65) Continuity and Change...*) de la Ilustración francesa. Lo típico parece ser, como antes se señala, la especial intensidad que el tipo adquiere en Rusia.

de la estética radical y, sobre todo, a la del tipo ideal de Bielensky o el revolucionario asceta del «¿Qué hacer?» de Chernichevsky. Desde luego también en el campo literario hay diferencias. La implacable censura que obligaba a Puschkin a trasladar una verruga de la nariz del rey de Francia a la del bey de Túnez, en el «Diario de una Dama», ha sido sustituida por el control de la Unión de Escritores Soviéticos, las directrices de Zhdanov y el obligatorio «realismo socialista», pero tales diferencias se deben, seguramente, a un simple cambio de altura histórica; la misma razón que nos hace hablar de autocracia y totalitarismo como términos distintos.

En todo caso, hay que reconocer lo aventurado de cualquier intento dirigido a señalar una línea de continuidad entre dos fenómenos tan complejos como el régimen político zarista y el soviético. La fuerte dosis de irracionalismo (14) en el pensamiento prerrevolucionario, patente incluso en Soloviev y verdadero *leit-motif*, en la obra de quienes, como Khomiakov, veían en el racionalismo el gran pecado de Europa, difícilmente puede ser hallada después de la revolución, aunque se acepte, como Geroid T. Robinson (15), que la supresión del dilema libertad-determinismo y lu-

(14) El profesor Byrnes (*Pobedonotsev on the instruments of Russian Government*) pone de relieve la escasa racionalización de la teoría política, los fallos sistemáticos de Pobedonotsev y las lamentaciones de Tikhomirov. Todavía en 1913, tras mil años de autocracia, publicaba el Decano de la Facultad de Derecho de Odesa, Kazanski, un volumen de más de 900 páginas sobre «El Poder del Emperador de todas las Rusias», como trámite previo a la construcción de una teoría de la autocracia.

GEORGE L. KLINE: («Darwinism and the Russian Orthodox Church»), en otro orden de cuestiones considera que los ataques de la Iglesia ortodoxa contra el darwinismo eran «scientifically justified or at least intellectually respectable», pero G. T. Robinson (Part. IV Review) observa que su escaso número (22 entre 1859 y 1917, de los cuales cinco extranjeros) es una prueba suficiente del bajo nivel de racionalidad y el escaso interés por la ciencia en los medios eclesiásticos rusos. Desde luego, como observa KLINE, también el Occidente tuvo sus «fundamentalistas», pero fueron muchos quienes intentaron conciliar honradamente Religión y Ciencia. La Iglesia rusa, por el contrario, dice G. T. Robinson, abandona este mundo como algo que le es ajeno. Lenin se limita a recoger lo abandonado.

(15) Los dos trabajos que en el volumen *Continuity and Change* se dedican al pensamiento revolucionario (W. Gurian «Partiinost and Knowledge» y H. Marcuse «Dialectic and Logic since the War») se ocupan ampliamente de la obra de Marx y Engels, en la que no es difícil encontrar factores irracionales. El determinismo que impone a Marx y Engels la dialéc-

chas científicas como la de Lyssenko (16) son pruebas evidentes de un recurso a lo irracional que, seguramente, sería fácil encontrar en las superracionalizadas tierras de Occidente.

Otra pretendida constante de la Historia rusa, en la que suele buscarse la explicación de la política expansiva de la U. R. S. S., su mesianismo, resulta ser, vista de cerca, un fenómeno reciente.

Un estudio del mesianismo, como fenómeno político universal evidenciaría, posiblemente, que no hay pueblo alguno con papel protagonista en la Historia, que no se haya sentido poseído por una conciencia de misión, entendida, además, en cada caso, de unas cuantas formas distintas.

Reduciendo el problema ruso al contorno histórico contemporáneo se hace bastante claro, en primer lugar, que a todo lo largo del siglo XIX, la política de los zares, vive totalmente ajena a cualquier mesianismo. La enorme conmoción de las guerras napoleónicas lanza definitivamente a Rusia al juego político internacional, pero las dos figuras que dirigen su política exterior a todo lo largo de la centuria, Nesselrode y Gortschakhov, son hombres de formación dieciochesca, penetrados de espíritu universalista y cerrados a todo impulso mesiánico.

La mezcla de resentimiento y conciencia de poder que, de alguna manera, es el ingrediente básico del mesianismo durante esta época, encarna en el movimiento eslavófilo, que se inicia en Pogodin con una aspiración a la monarquía universal del Zar, se carga de contenido religioso en Khomiakhov y Tiutschev y encuentra su apoteosis en Danilevski y Dostoyevsky.

Danilevski parte de una concepción cíclica de la historia, que toma de Rückert y guarda grandes semejanzas con la de Spengler. Europa es para él un concepto espiritual en el que no cabe Rusia. Su florecimiento, animado por un ansia infinita de poder, llegó a

tica de la Naturaleza queda suprimido al llegar al socialismo. Marcuse opina que también es ésta la trayectoria ideológica del sistema soviético que actualmente, y ya desde el famoso artículo de Stalin sobre la Filología, intenta detener el proceso dialéctico, acentuando el indeterminismo y el papel directivo del Partido. G. T. Robinson estima que el factor indeterminista, ya recibió un impulso decisivo con la obra de Lenin. Con Marcuse parece coincidir, sin embargo, W. Markert, loc. cit.

(16) DOBZHANSKY: («The crisis of soviet Biology») subraya que lo que Lyssenko ofrecía era una posibilidad de influir por ukase en los procesos vitales.

su cenit en el siglo XVIII. Su decadencia está ya iniciada y próximo su fin. Ha llegado la hora de Rusia. Europa tiene conciencia de la situación y no se resigna. Combate la nueva civilización que nace sin reparar en los medios, incluso aliándose con los enemigos de la Cristiandad. La ascensión de Rusia no será fácil, pero es inevitable. Para conseguirla ha de reunir bajo su poder a todos los pueblos eslavos y disponerse a una guerra decisiva con el Occidente.

Las profecías de Danilevsky pueden resultar estremecedoras hoy, cuando Stalin ha dado a Rusia casi las mismas fronteras que él ambicionaba, pero en su tiempo no llegaron a influir nunca la política oficial y ni siquiera fueron aceptadas por los restantes pueblos eslavos en los que, sobre cualquier otra consideración, predominaba el anhelo de libertad, directamente dirigido en algunos casos (Polonia, Ucrania) contra la propia Rusia.

Si en la actualidad se habla de la aspiración soviética a un dominio mundial parece que la fuente primera de tal aspiración pudiera hallarse, sin demasiado trabajo, en el ansia de poder de todos los pueblos fuertes, y sólo en segundo lugar cabría recurrir al mesianismo ruso o al universalismo marxista. Lo que sí proporcionarían estos elementos será la dirección específica y la justificación teórica de la expansión y, en tal sentido, quizá pudiera señalarse entre ellos una curiosa interacción.

La ideología marxista ha instaurado por vez primera, oficialmente, una política mundial. La liberación de los proletarios de todo el mundo ha conseguido el lugar que la liberación de los eslavos y la «cuarta y definitiva civilización» no consiguieron jamás, pero a su vez se ha visto condicionada por la eterna desconfianza de Rusia frente a Europa (17).

(17) Muy expresivo de esta desconfianza fundamental es este fragmento de una carta que Tjutschev escribía a su hermana en 26-VII-1864 y que transcribe H. Kohn: «Naturalmente no soy de aquellos que, con un agrio patriotismo, verían gustosos a Rusia condenada a largo aislamiento. En realidad estoy dispuesto a aceptar tratados (con las potencias occidentales), pero sólo con carácter provisional, y únicamente cuando no nos hagan olvidar la verdad axiomática de que no puede haber nunca alianza entre Rusia y Occidente, ni basada en intereses ni apoyada en principios. No hay interés ni cálculo en Occidente que no se dirija contra Rusia y su futuro y no lo intente todo para destruirnos. Por esto no hay más que una política lógica de Rusia para con el Oeste. No podemos aliarnos con una u otra de esas potencias, sino que hemos de procurar su división y sus recelos, pues

La lucha de clases parece haberse distanciado de su planteamiento originario y haber quedado reducida, esencialmente, a una lucha de países pobres contra países ricos. Los social-demócratas alemanes o escandinavos, los laboristas ingleses y los sindicalistas americanos no parecen despertar la compasión soviética tan profundamente como los pueblos que son víctimas de la opresión colonial.

El viraje hacia el nacionalismo desde el internacionalismo originario es una prueba irreprochable de la pervivencia de lo ruso. Su significación no se agota, sin embargo, con ello, y nos señala lo que tal vez es el camino más directo para desentrañar el papel recíproco de los dos factores que constituyen el mundo ideológico y sentimental de la U. R. S. S.

Las modificaciones que Lenin introdujo en el pensamiento de Marx, criticadas muchas veces y desde muy diversas posiciones, no fueron nunca caprichosas. Lenin modificó o entendió el marxismo desde su circunstancia concreta de hombre ruso, de revolucionario ruso en lucha por el poder. La doctrina oficial de partido bolchevique no es ya, por tal razón, ese marxismo puro que se pretende, sino un marxismo visto por los rusos. La U. R. S. S. no es simplemente un país socialista abstraído de todas sus restantes concreciones, en donde el pensamiento de Marx ha demostrado su exactitud; no es tampoco una nueva etapa del Estado ruso en perfecta continuidad con el pasado. Ninguna de estas tesis pueden ser seriamente defendidas (18). La U. R. S. S. es la realización del marxismo en un país determinado, cuyas peculiaridades han deformado la doctrina original.

Las ideologías están siempre en función de las sociedades subsistentes. La ideología marxista se adaptó en Rusia al cuerpo que debía cubrir, el de un país agrario, carente de burguesía y en el que no existía aún el grado de racionalización necesaria para poder prescindir de la personalización del poder (19). Ya en 1921, T. G. Massaryck decía: «Los bolcheviques han aceptado el marxismo y se jactan de ser sus únicos partidarios ortodoxos. No quieren reconocer todo lo que deben a Bakunin, el enemigo de Marx. De

sólo estando desunidos no nos dañarán. No porque no quieran, sino porque no puedan hacerlo.»

(18) W. MARKERT: loc. cit.

(19) Idem.

él han heredado la fe mística en la revolución, en el pueblo ruso, en su excepcional vocación socialista y comunista. Todas las deficiencias que caracterizaron al Estado ruso, la Iglesia rusa, la Escuela rusa, etc., caracterizan también al Estado bolchevique y su régimen porque proceden del mismo pueblo y han recibido la misma formación» (20).

La doctrina oficial del Estado soviético no ha sido nunca un marxismo ortodoxo y, además, está en cambio constante. Las modificaciones, aparte de las razones puramente tácticas, vienen impuestas con las rápidas mutaciones sociales que la industrialización acelerada ha producido.

Por encima de las dos clases, obreros y campesinos, que oficialmente se reconocen, existe una nueva clase de técnicos y burócratas que en todo se manifiesta cada vez más próxima a la burguesía occidental. El deseo de seguridad personal y de libertad de movimientos, la pérdida de *elan* ideológico, preocupación por los problemas puramente humanos con relegación de los políticos, son manifestaciones palpables de una nueva estructura social a la que acompaña transformaciones ideológicas cada vez más visibles desde la muerte de Stalin.

FRANCISCO RUBIO LLORENTE

(20) *Sur le Bolchevisme*. París, 1921, citado por H. KOHN.